

trasladaba a la edad primigenia, en la cual los objetos se ven con los ojos nuevos y vírgenes de influjos espurios.

Había también en su hacer un alucinado impresionismo demencial. La tosca armonía de los tonos puros ponía en esas telas un aire de esquizofrenia o las transformaba en telón de romancillo de ciego.

Como Henri Rousseau, el Aduanero, como Utrillo, o como la falange de «pintores de domingo» que transforman el paisaje en ingenuas y cursis tarjetas postales, Luis Herrera Guevara captaba dentro del realismo infantil inmediato la miscelánea ciudadana y callejera. Pintó las calles de París, las plazas de Roma, las procesiones y los congresos eucarísticos, las piscinas y los campeonatos de rayuela. Sus estampas, tan pobres de retórica y de técnica, vivían así en la alborozada jocundidad de quien descubre la policromía del mundo, cuando el mundo ha rodado mucho a lo largo de Urania.

Luis Herrera Guevara encontró la máxima consagración de su vida al ver colgados en los muros inasequibles del Museo de Arte Moderno de Nueva York dos de sus más características telas. El «Autorretrato con peluca» hace guiños desde entonces a todos los cuadros vecinos, cargados de sapiencia y de técnica.

### **Pedro Lobos expone en el Ministerio de Educación**

Pedro Lobos es uno de los jóvenes pintores chilenos de más suntuoso y rico estilo pictórico. Es, al mismo tiempo, uno de los que mejor evocan la esencia peculiar de la raza, dentro de las normas universales de la pintura de Occidente.

Es original. Es moderno. Pero es, a la vez, amante de la tradición. Pedro Lobos es, para decirlo de una vez, nuestro gran barroco.

Barroco en la dual dirección de este estilo. Es decir, por la búsqueda de lo trascendental, de un más allá que está fuera de la pintura, lindando con la significación espiritual, y por la

complacencia en la ampulosidad de los volúmenes, por el predominio del arabesco y de las líneas encurvadas, por el dinamismo de las formas.

Pedro Lobos ha llegado a la síntesis magistral de tema y técnica.

En su arte se adivina una plena adecuación de esos dos factores. El artista recoge en los elementos populares del Brasil y de Chile las ideas fundamentales para sus estampas. Lobos no se ha quedado en lo estrictamente formal: ha ido más a lo hondo, a lo psicológico, y ha podido notar en los inmensos ojos de sus modelos la intensidad de la vida íntima.

El alma popular bulle en estas estampas.

Y es que Pedro Lobos sabe interpretar la realidad de su tiempo. Es un romántico-lírico, inclinado hacia el dramatismo. Romántico a fuerza de ser barroco, pues no se olvide que el gran estilo del *seiscientos* es el prenuncio del romanticismo. Y dramático, porque en sus obras está la tristeza de la raza, que el joven maestro se esfuerza en disimular dentro de una atmósfera de honda poesía.

La ampulosidad casi flamenca de los volúmenes y la exaltación de las formas; la deformación gigantesca de las manos y pies, la perfecta construcción de las composiciones vigorizan el estilo y le añaden personalidad.

Pedro Lobos no ha necesitado inclinarse hacia las normas actuales de la pintura—índice a veces de impotencia y vacío mental—para trazar su obra valiosa y original.

#### Exposición Georges Nordman

La obra de este pintor no sobrepasa—desde el punto de vista de la forma—un nivel de discreción estética. Georges Nordman marcha en el arte no por la ancha ruta de las grandes concepciones, sino por una senda de horizontes estrechos. Su andar es lento, pero seguro, su visión limitada, pero fiel.

En esta obra se advierte, empero, una extraordinaria sensi-